

Sequía de gestión.

Enrique Cabrera - Universidad Politécnica de Valencia

En la cumbre mundial de ministros de medio ambiente celebrada la pasada primavera en Malmoe se concluyó que en lo relativo al medio ambiente hay una discrepancia alarmante entre los compromisos y la acción. Existiendo pues una clara voluntad política de cambio, éste no alcanza a concretarse. Un diagnóstico que refuerza el de anteriores cumbres mundiales del agua. Desde la celebrada en Mar de Plata, allá por 1977, hasta la que ha tenido lugar el pasado marzo en La Haya, todas coinciden en el desfase existente entre la intención y la acción.

España y nuestra Comunidad son claros ejemplos de la conclusión de Malmoe. Y lo son porque coincidiendo con el nacimiento del Ministerio de Medio Ambiente un nuevo discurso hídrico se escenifica. Ahorro y desarrollo sostenible son términos tan mentados como en la práctica ignorados. Así lo evidencian los nulos resultados al respecto alcanzados en la pasada legislatura. La modernización de regadíos, la construcción de desaladoras, los bombeos requeridos para reutilizar agua, los grandes depósitos de regulación etc., son inversiones ajenas a la gestión. Y es que en política del agua también hay, sin duda, un buen trecho entre el dicho y el hecho.

Gestión del agua es controlar las aguas subterráneas, compromiso vigente desde que la reforma de la Ley de Aguas de 1985 las hizo públicas. Quince años después, el Libro Blanco del Agua reconoce la existencia de hasta 547.866 pozos, que puede haber muchos más. De ellos sólo una minoría, 161.953, son legales. No sabiéndose de su existencia, difícil será, como ha quedado demostrado este verano, impedir su sobreexplotación. Esa misma Ley se comprometió a conservar controlando los vertidos, el buen estado ecológico de las aguas. Y quince años después la propia administración reconoce en el Segura la existencia de unos 3000 puntos de vertido, los más ilegales. Gestión del agua es pues, controlar estas y otras cuestiones que limitaciones de espacio me impiden concretar. Poco que ver con la vistosa ejecución de obras nuevas.

Y qué podemos decir de nuestros abastecimientos. Los tercermundistas y bochornosos cortes de agua que sufren son consecuencia exclusiva del lamentable estado de sus redes. Sirva como ejemplo, otros muchos se podrían presentar, una noticia recientemente aparecida en la prensa de Valencia. Como resultado de un plan de detección de fugas una conocida empresa encontraba hasta 14 fugas de agua por kilómetro de tubería, un valor ridículo 100 veces superior al admitido en sistemas eficientes. Valor que equivale, por ejemplo, a una inflación económica anual del 250 %. ¿Qué país la podría soportar?.

Con cifras tan tercermundistas, la llamada de Canal 9 a los ciudadanos para que moderen el consumo es pura demagogia. Habiendo tantas y tan buenas medidas para gestionar la demanda, se recurre a la última, la que menos ahorro comporta, y que, por trasladar la responsabilidad al usuario, menos compromete a quien la promueve. Formulada en el actual contexto recuerda al estudiante que, atiborrado de café, deja los resultados de un curso al desesperado esfuerzo de la noche que precede al examen. La cuña publicitaria también traslada parte de la responsabilidad a la sabia Naturaleza, cuando nadie debiera olvidar que las sequías hidrológicas han sido, son y serán

intrínsecas al clima mediterráneo. Pero esa es nuestra liturgia, la liturgia de la sequía de gestión.

Es difícil comprender por qué no se articulan medidas, que las hay, para acortar la distancia entre los compromisos y la acción, cuando nadie cuestiona no sólo la conveniencia sino incluso la necesidad de cumplirlos. La explicación hay que buscarla en una administración que otorga y no conmina, en unos protagonistas cómodos en su papel y en un acervo hídrico de los ciudadanos, que aún no son conscientes de la amenaza que, por alejarnos de una política sostenible, tal separación entraña.

No creo que el prometido Plan Hidrológico Nacional (PHN) tal como está planteado, resuelva todos los problemas de nuestra Comunidad. El PHN es, mayormente, una imponente relación de obras que complace a los principales actores, bien entendido que algunas de estas obras me parecen muy necesarias. Pero no incidiendo en la gestión, en una nueva cultura de uso, es una solución incompleta. España, y sobre todo su Levante, debe adecuar el consumo a sus recursos. Nadie debiera gastar por encima de sus posibilidades. Por ello el pacto que, según se anuncia, se pretende alcanzar en las Cortes Valencianas no debiera limitarse al PHN. Debería incluir también un modo de gestión sostenible, acorde con nuestra hidrología y con nuestro desarrollo.

Está claro que un político jamás adoptará medidas impopulares. De ahí que, desde siempre, se ataque el problema por el lado fácil y vistoso. Por ello el cambio sólo será posible si la Sociedad lo demanda, esto es desde abajo hacia arriba. Resulta pues vital educar a la opinión pública, explicándole la necesidad de una administración fuerte en vez de paternalista. Administración que propiciaría, además, una pérdida del protagonismo de los actuales actores principales y, en consecuencia, haría más fácil el cambio.

Hay que explicarle al ciudadano que el desarrollo agrícola, urbano, industrial, turístico y de ocio, somete al agua a presiones antaño inimaginables. Ya nadie puede bañarse en los ríos. Lo impiden aprovechamientos más allá de lo aconsejable y/o problemas de calidad. Hay que explicar que España ha seguido una política de obras activa, tan activa que la ha convertido en el primer país del mundo en número de presas por habitante. Hay que decir que los EEUU ya no promueven presas. Por contra destruyen algunas de las construidas. Hay que explicar que nuestra cultura de gestión es muy inferior a la de promoción de obras. Hay que pensar, en fin, en las futuras generaciones y, pese al esfuerzo que comporta, se debe acortar el trecho entre el dicho y el hecho.

El PHN, juzgado por lo aparecido en prensa, pretende obtener cum laudae en la materia en la que ya merecemos un sobresaliente internacional. Empero ignora la asignatura pendiente, la gestión. Nada de cambios. Sigue el PHN fiel a nuestra historia y a nuestra cultura, aunque ésta ya no tenga sentido. El político acostumbra a ser conservador en sus decisiones, y suele especular con el tiempo pensando en que ya escampará aunque, paradójicamente, si de agua hablamos, el que escampe requiere negros nubarrones y lluvia abundante.

Pero el margen de maniobra se agota y es menester adoptar ya decisiones audaces que con hechos, y no sólo con dichos, cambien la política. El denostado (las más de las veces injustificadamente) Maquiavelo prefería obrar y arrepentirse a no obrar y arrepentirse. O sea, que estuvo siempre por jugársela. Y es que sólo la comodidad y el miedo del político justifican la actual pasividad. Principio y fin de la distancia entre el compromiso y la acción; principio y fin de nuestra permanente sequía de

gestión.

Con todo y sabiendo que el cambio es, por necesario, cuestión de tiempo, otro riesgo se corre. Cuánto más tarde en llegar, más traumático resultará. Aún este PHN puede propiciar la transición suave. Y es que sin transición siempre existirá la amenaza de una brusca maniobra, respuesta a una grave crisis cada vez más posible. Los políticos tienen la palabra y la responsabilidad. Que quien corresponda les ilumine.